



Seix Barral

**Jessica Anthony**

¡Que entre el cerdo  
hormiguero!





Seix Barral Biblioteca Formentor

---

# Jessica Anthony

## ¡Que entre el cerdo hormiguero!

Traducción del inglés por  
Javier Calvo

---

Título original: *Enter The Aardvark*

© Jessica Anthony, 2020

© por la traducción, Javier Calvo, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: junio de 2021

ISBN: 978-84-322-3886-4

Depósito legal: B. 8.060-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

---

## 1

Es agosto. El Congreso está en receso. Tú no estás en receso. Tú estás en plena campaña de reelección para el primer distrito congresual de Virginia. Tu oponente se llama Nancy Beavers, y ya has decidido que de aquí a las elecciones no va a haber más días libres. Si has de perder el cargo, no será perdiendo contra una mujer. Y menos una mujer llamada Nancy. Una mujer llamada *Nancy Beavers, joder*.

De forma que no tenías intención de tomarte el día de hoy libre, pero es que hay una ola de calor. Han caído muchas redes eléctricas por toda la ciudad. Y la tuya es una de las que se han estropeado.

No funciona el aire acondicionado. No funciona internet. No funciona la tele. No funciona nada. Y tú también estás fuera de servicio.

Estás reclinado en un sofá victoriano de color amarillo canario que tu asistente te compró hace

---

tres días en una feria callejera de antigüedades por 1.900 dólares, hojeando el libro *Imágenes de la grandeza: una mirada íntima a la presidencia de Ronald Reagan*, hasta que encuentras lo que buscabas: una fotografía de Ronnie reclinado en un sofá victoriano de color amarillo canario.

Encima del pecho tiene unos documentos que parecen importantes.

Has mirado esta fotografía muchas veces; es la razón de que compraras este sofá, y, ahora que lo tienes, estás tumbado exactamente en el mismo sofá, y exactamente en la misma posición, que Ronald Wilson Reagan.

Pasas la página.

Ves a Dutch, a Ronnie, en su rancho, a lomos de un caballo y seguido por un grupo de foxhounds moteados; la curva de la panza se le perfila bajo una camisa de cowboy de tela vaquera ligera, exactamente la misma camisa que te compraste en la misma feria de antigüedades, y te fijas en cómo los flecos de sus chaparreras de color marrón claro cubren la parte superior de sus botas de montar, y te estás planteando mandar a tu asistente de vuelta a la feria para que busque esas mismas botas cuando suena el timbre.

El timbre de tu puerta no es de los que zumban, es más vetusto. Como de los años ochenta. Te preguntas quién puede ser, porque nunca viene nadie a tu puerta. Todo el mundo va siempre a tu oficina. Luego te preguntas cómo es que funciona

---

el timbre cuando no funciona nada más. Y caes en la cuenta de que el timbre no está conectado a la red.

Esto te produce pánico.

Podrían ser Rutledge u Olioike, piensas, los dos congresistas que durante el periodo de sesiones del Congreso se alojan contigo entre semana en las habitaciones de invitados de tu casa, que queda cerca del Capitolio, pero es bastante poco probable: el representante William *Billy* Rutledge (Demócrata) ha vuelto a su granja con su mujer y sus cinco hijos varones. Se marchó hace dos días y no regresará hasta septiembre. El representante Solomon *Sammy* Olioike (Republicano) está en una casa de campo con su mujer y sus cinco hijas. Se trata de una casa de campo de mierda a orillas de un lago de mierda, y en tu casa Olioike también va dejando su mierda por todos lados, y su estilo de gobernar es otra mierda; es de Rhode Island y lo han reelegido cuatro veces, de manera que, aunque sea republicano, lo odias un poco.

Vuelve a sonar el timbre.

No tienes mujer ni hijos. Igual que el representante Rutledge, eres joven, blanco y apuesto, pero soltero. No es algo que te preocupe. Fue el sello distintivo de tu primera campaña (eso y el aborto). Es como te conoce la gente. Ahora que buscas la reelección, en cambio, a tus asistentes ya no les parece tan bien: tu índice de popularidad se mantiene ahora mismo estable en un 52 %, que, aunque

---

es bueno, no es todo lo bueno que podría ser, y últimamente tus asistentes te han estado diciendo que te Busques Una Mujer.

Si te Buscas Una Mujer, dicen, tu índice de popularidad mejorará, porque aunque estás igualado con la puta Nancy Beavers, una mujer de mediana edad con un culo que parece un par de amigables sartenes de hierro y que lleva unos trajes pantalón inenarrables..., la puta Nancy Beavers no es soltera, joder. La muy zorra tiene hijos. Tu perfil de candidato es «soltero» y el de ella es «hijos», y estás intentando utilizar tu materia gris para entender por qué mucha gente que debería constituir *tu* electorado prefiere confiar en la puta Nancy Beavers por el simple hecho de que tiene *hijos*, dejando completamente de lado que su única experiencia de gobierno es perder por los pelos una campaña a la alcaldía local, cuando suena el timbre por tercera vez.

Subes la escalera. Te pones el albornoz.

Tu albornoz es azul marino con ribetes rojos y costó 398 dólares. Lleva el monograma APW en fuente Chancery, está confeccionado en algodón egipcio y es de Bill Blass, el diseñador favorito de Ronald Reagan. En *Imágenes de la grandeza* hay una foto de Reagan llevando el mismo albornoz, de la época en que le dispararon, y con él puesto siempre te sientes de maravilla, y por eso te lo pones ahora, por mucho calor que haga fuera.

Debajo llevas una camisa Oxford. Como Rea-

---

gan. Incluso después de que le dispararan, siempre llevaba una camisa Oxford.

Eres menos hombre que Ronald Reagan, y lo sabes, pero nadie podrá acusarte nunca de que tus metas no fueron elevadas, piensas mientras bajas la escalera y abres la puerta.

1875

Sir Richard Ostlet, naturalista zoológico de cincuenta años y poblados bigotes, se encuentra en los llanos del Karoo, en el África meridional, en la región que algún día se conocerá como Namibia, buscando mamíferos extraños que llevarse de vuelta a Gran Bretaña, y hay unos mamíferos en concreto, los cerdos hormigueros, que, a pesar de que ya existían varios miles de milenios antes que Richard Ostlet, le parece que encajan con la descripción.

Tienen un poco de pinta de *chiste*, piensa Ostlet; un poco de pinta de *accidente*, parte conejo, parte cerdo o incluso parte canguro, pero en realidad el cerdo hormiguero no es nada de todo eso; y tampoco les resulta extraño a los dos cazadores africanos que trabajan para Ostlet y que matan a esas bestias de forma habitual, por su carne y/o por diversión, y que ahora mismo están presentándole a sir Richard tres especímenes de gran calidad que arrancaron anoche de sus largos túneles arenosos.

---

De los tres especímenes, hay uno que llama de inmediato la atención de Ostlet. Maravillosamente jorobado y provisto de unas zarpas considerables, es el de más edad y, por tanto, el más grande de los tres, y al naturalista le recuerda a algo, aunque no sabe a qué. Sea lo que sea lo que le provoca la sensación, no es ni la piel hipotricósica, de color rosa amarillento, ni las cuatro extremidades de color terroso —plantígradas las traseras, digitígradas las delanteras—, ni tampoco es el pericráneo redondo y arrugado común en los ungulados y otros mamíferos con pezuñas, ni tampoco las orejas, de pliegues sedosos, ni el hocico porcino alargado con sus gruesas cerdas que confinan los orificios nasales, cubren la nariz y hasta le salen de las mejillas; es algo relacionado con los ojos, con su mirada amable y de largas pestañas, que le otorga una expresión *coqueta pero noble*, como la de un perro inteligente, y cuando los demás se marchan y Ostlet se va a cenar a una tienda de campaña cercana, sigue observando al cerdo hormiguero muerto, y le sorprende verle en la cara una especie de melancolía, hace años que no se siente tan triste, y la carga emocional que siente es tan repentina, tan pesada, que su primer instinto es compartirla, repartírsela con alguien.

Pero no hay nadie con quien pueda hacerlo.

Porque Ostlet no le puede decir a su asistente: «Llega la melancolía, cual ajuste de cuentas», o: «Llega el malestar, cual corriente helada», y, por

---

consiguiente, urde un plan. Elige a ese cerdo hormiguero. Preservará su carcasa para el trayecto en barco a Inglaterra y ordenará que manden la piel, el esqueleto y sus notas y bosquejos a su amigo íntimo, el taxidermista Titus Downing, de Royal Leamington Spa, el único hombre en el mundo, en opinión de Richard Ostlet, que le puede hacer justicia al cerdo hormiguero.

El cerdo hormiguero llegará a Leamington Spa. Pero Ostlet no.

Esa misma noche, el hombre, que está recién casado con una guapa y esbelta botánica llamada Rebecca y que hace sólo unos meses firmó el alquiler de un encantador piso nuevo en el encantador Gloucester Walk, entre el Holland y el Hyde, dos de los parques más cautivadores de Londres; que participa en todos los «clubes de campo» sociales, como el Midland Union, el Yorkshire Naturalists Union o el prestigioso Cotteswold Club, donde se sirve a los miembros pastel de alcaravea y champán; y a quien hasta el momento presente todos sus conocidos han considerado un hombre completamente abierto y bendecido con una disposición optimista por naturaleza, una disposición que lo ha caracterizado desde su juventud, se encontrará a sí mismo despierto en la oscuridad de su tienda de campaña en África, expulsado de sus sueños.

Richard Ostlet se levantará de su camastro y hurgará en el gabinete de madera donde guarda su

---

equipamiento, cinco hileras de cajones revestidos de corcho, empapelados y atiborrados de los *accoutrements généraux* de todo naturalista: los botes de tizas y tachuelas, las gomas de borrar blancas, las esponjas redondas y pinchudas, los frascos de vidrio con tapa, las botellas marrones de cloroformo y, por encima de todo, numerosas bolas blancas de alcanfor, necesarias para la conservación de los especímenes; y ésta es una ironía que Ostlet no se plantea cuando saca las bolas de alcanfor de sus cajones, destapa una botella de whisky y una por una se las va tragando como si fueran pastillas, hasta morir.

El hombre que está en la puerta lleva un uniforme violeta y negro de FedEx. Tiene una tablilla sujetapapeles de FedEx y detrás de él ronronea un camión blanco de FedEx en medio de la canícula. Es FedEx.

—¿Representante Wilson? —dice.

—Sí —le contestas.

—Firme aquí —te dice.

El hombre es de estatura media, quizá un poco gordezuelo, y lleva una barba larga y castaña y unas gafas graciosas de culo de botella, y cuando estás sentado delante de un comité del Congreso, en la vista de tu impugnación, jurarás que éstos son los únicos detalles que puedes recordar de él; aunque eso todavía no ha sucedido. No sucederá has-

---

ta dentro de seis semanas. Ahora mismo lo único que te preocupa es esa caja grande de cartón que lleva tu nombre y que está colocada de pie, vertical, detrás del empleado de FedEx. No tiene remitente.

—¿Qué es? —preguntas—. ¿Quién lo manda?

El hombre de FedEx no contesta. Traza una marca de visto bueno en su tablilla, se vuelve caminando con paso ligero al camión de reparto y se sienta al volante. Arranca y se va.

En el parque infantil del otro lado de la calle al que van a chillar los niños del vecindario hay un niño negro y gordito plantado allí solo, separado de los demás. No está chillando. Te está mirando. Quiere ver qué hay en la caja, y no te extraña. Después de todo, la caja es, en fin, *muy grande*. Ocupa toda la entrada de tu casa.

Intentas levantarla del suelo. No puedes.

El niño mira cómo intentas moverla.

¿Cómo *demonios* ha podido el mensajero de FedEx traértela él solo hasta la puerta?, te preguntas, y decides que necesitas hacer más ejercicio. Dejar los carbohidratos.

Tu asistente, Barb Newberg, come carbohidratos todo el tiempo, pero no le gusta comerlos sola, así que te llena el despacho de envases de plástico de Panera. Galletas danesas aceitosas y magdalenas. Barb y sus *barbohidratos*. Como muchas mujeres de mediana edad a las que conoces, Barb Newberg confunde la amabilidad con la glotone-

---

ría, y se te ocurre que sin duda ya toca cambiar de secretaria mientras examinas la caja, que realmente es grande y pesada y no tiene nada por fuera más que las juntas selladas con cinta de embalar, tu nombre y tu dirección de Foggy Bottom, que es el número 2486 de Asher Place, en la siempre bella ciudad de Washington D. C.

Te paras a pensar un segundo: quizá *no deberías* meter en casa algo sin saber qué es ni de dónde viene (nunca has perdido del todo aquel miedo al ántrax post-11S de cuando eras becario), y por eso, durante uno de los días más calurosos del año, te quedas ahí plantado en albornoz en la entrada de las casas unifamiliares de Asher Place de la acera de delante del parque infantil —donde ahora el niño negro gordito te está mirando *muy fijamente*—, dejas la caja en la entrada, entras a toda prisa en la cocina y hurgas en los cajones hasta encontrar lo que buscas: un cuchillo, concretamente un cuchillo de pelar pequeño y oxidado que pertenece a Olioke, y cuando regresas a la caja lo llevas en la mano.

Rasgas las juntas. Miras dentro mientras el niño, sin supervisión de nadie, cruza la calle y se te acerca por detrás.

—¿Qué es? —te dice.

El niño sube los escalones de tu entrada sin que lo invites y mira respetuosamente cómo haces dos rajadas irregulares en cada lado. Cree que su paciencia se verá recompensada. Es lo justo.

Pero la vida no es justa.

---

Creas una especie de asas improvisadas metiendo las manos por las ranuras y así consigues arrastrar hasta el interior la caja enorme, hasta tu sala de estar, sin hacer caso de la expresión que se le queda en la cara al niño cuando le cierras suavemente la puerta en las narices, en silencio.

Abres la caja y te viene de inmediato a la cabeza un libro ilustrado de quinto de primaria que se titulaba *Mamíferos de África*. Te acuerdas de que en el libro había una criatura que parecía un oso hormiguero, y que, cuando la profesora te preguntó, te pusiste a hablar lleno de confianza del oso hormiguero y te quedaste mortificado cuando la profesora te riñó al terminar por haber metido la pata: no era ningún *oso hormiguero*, porque los *osos hormigueros* vivían en Sudamérica, te dijo, y lo que tu clase había estado estudiando era *África*, y sostuvo el libro en alto y señaló el título, *Mamíferos de África*; y la profesora, la señorita Sline, que había pasado un año viviendo en Londres con su prometido antes de que éste la dejara, que todavía hablaba con acento británico impostado e incluso, de vez en cuando, usaba una jerga británica ridícula, apenas movió la boca cuando pronunció la palabra inglesa *aardvark*, y cuando te pidió que la deletrearas, lo hiciste tal como la habías oído, y es por eso por lo que los demás niños se pasaron el resto del curso llamándote *Odd Fuck*, «puto pirado». Pero no es sólo gracias a este recuerdo como sabes que la enorme criatura disecada que tienes en la sala de

---

estar es un cerdo hormiguero; también lo sabes porque te lo dijo Greg Tampico la primera vez que terminó de chuparte la polla.

La dirección del taller de taxidermia de Titus Downing es el 24 de Victoria Terrace, en Royal Leamington Spa, la casa de la esquina, justo delante de la iglesia de Todos los Santos, un edificio que es imposible no ver gracias a las doce cabezas de ciervos macho de cola blanca, con todas sus cornamentas, que hay colgadas en la entrada, donde quizá debería haber habido un toldo.

Titus Downing, un hombre flaco y mustio de cuarenta años, es uno de los mejores taxidermistas de Inglaterra, el único, de hecho, a quien la reina Victoria le ha otorgado la Orden de Proveedor de la Corona. En 1875, Downing disfruta de cierta fama local, gracias a que hace poco ha disecado, modelado y montado una jirafa africana de casi dos toneladas, adquirida por el New Walk Museum de Leicester e instalada ahora para dar la bienvenida a los visitantes del museo en su gran vestíbulo. Un periodista del *Evening Standard* opinó en tono entusiasta: «¡Esta jirafa parece tan viva que, cuando la ves, casi esperas que sus patas se bajen ágilmente del pedestal!», y a continuación viajó en tren, de Londres a Birmingham y de allí a Leicester y a Leamington, para exigir a Downing que le revelara su secreto: ¿cómo era *posible* que

---

una criatura muerta pareciera tan viva? «Parece magia», dijo, y Titus Downing, que consideraba que el arte del taxidermista no era muy distinto del arte del mago, le contestó así:

—Me está preguntando usted cómo creo belleza. El secreto está en mostrar belleza que sea fiel a la vida. La belleza debe ser reconocida por sí misma, incluso por las mentes no científicas. Éste es el argumento que defiendo y la meta que me pongo.

Fue la mejor manera que encontró Downing de explicarle al periodista que la taxidermia no se debe a la muerte, se debe a la *vida*. Es un renacer, es *religión*, y cada carcasa que cae en manos de Downing *renace literalmente*; es Cristo llamando a Lázaro para que salga de su cueva.

Todo empezó dos décadas antes, en 1851, cuando un joven Titus Downing asistió a la Exposición Universal de Londres. Una vez allí, no prestó atención a la intrincada cristalería del grandioso Crystal Palace, ni a la opulencia del diamante Koh-i-Noor, ni a los daguerrotipos de Brady, ni al pronosticador de tempestades con sus sanguijuelas que olisqueaban tormentas; Downing sólo tenía ojos para Charles Darwin, de cuarenta y dos años, que estaba allí para explicar el trabajo de todos los taxidermistas de la exposición. Darwin había practicado el arte de la taxidermia a bordo del *Beagle*, pero lo había aprendido en Edimburgo bajo la tutela de John Edmonstone, un esclavo liberto

---

guyanés que se había ganado la vida así: enseñando taxidermia.

Los guyaneses, dijo Darwin, que eran predominantemente hindúes y jainistas, conocían mejor que nadie el arte del renacimiento. Según sus creencias, el *atman* o *jiva*, la esencia vital inmortal de todo ser vivo, es intrínsecamente puro e imperecedero, y desde el momento en que se enteró de esto, Titus Downing emprendería la tarea de recrear la apariencia de la «piel en movimiento» de una criatura, de despertar su *jiva* individual. Y aunque no es el primer taxidermista británico que disecciona una jirafa, como la que ha diseccionado con tanta sinceridad contiene su *jiva*, Downing supone cordialmente que el periodista del *Evening Standard* y muchos otros deben de tener razón: sus habilidades son *únicas* (quizá sea incluso el mejor en su profesión), de forma que no le sorprende en absoluto que su talento haya alcanzado un nivel de refinamiento jamás igualado por los participantes en la Exposición Universal, por Darwin, o incluso ni siquiera por el liberto guyanés.

Sin embargo, Downing no es rico. Tampoco es muy popular. Y eso se debe a que su trabajo, o eso cree él, se ha malinterpretado de forma general.

A las mujeres en particular, aunque también a muchos hombres, cuando se enteran de su profesión, les encanta deleitarlo con anécdotas de la tienda que tiene en Sussex el adinerado señor Walter Potter y su «Museo de Curiosidades», y Titus

---

Downing, de Leamington Spa, no tiene paciencia para la gente que cree que él hace lo mismo que Walter Potter.

*Walter Potter* —¡el nombre mismo le causa una llaga en la lengua!—, *Walter Potter*, que antropomorfiza toda clase de bestezuelas para componer obscenos retablos humanos: jerbos tomando el té, conejos jugando a las cartas, gatitos con vestidos de boda en miniatura, ¿y el público adora ese tipo de cosas?

Walter Potter es la razón de que a Titus Downing no le importe la atención del público.

El método de Downing, si se lo puede llamar método, es la súplica. Es la plegaria. Porque sólo por medio del ejercicio de la humildad total, cree él, se pueden invocar plenamente los deseos ajenos. A fin de entender cómo se mueve una criatura, hay que saber qué *quiere* esa criatura, y así es como Downing consigue visualizar la piel que manipula: ver el propósito de la mandíbula entreabierta de la ardilla, darle forma con precisión total a la *curvatura* flexible de la pata trasera del lobo, replicar la *sorpresa* picoabierta del mito de cola larga... Pero es en las Grandes Piezas donde Downing brilla de verdad, y ahora mismo el hombre (¡qué pálido es!, ¡parece anémico!) está encorvado sobre el pellejo de un gran tigre de Bengala en la cálida y bien iluminada trastienda de su taller de taxidermia.

No hay sillas. El taller de Downing no tiene

---

más que diez metros de ancho y diez de largo, lo justo para albergar dos tronadas mesas de trabajo de madera de pino. Una ventana solitaria y plácida ilumina un trío de estantes que sostienen hileras de gruesos frascos de vidrio llenos de cera de abeja, aceites mezclados de cedro, carbonato de potasio, vino de palma, y que al lado tienen yesos en polvo, arcillas de tierra y agua, una colección de jabones y cales de arsénico, astringentes y polvos, y aunque Downing ya no puede olerlo porque le ha calado en la misma piel, en la ropa y en la pelusa castaña que le queda en el cuero cabelludo, todo lo envuelven el *romero* y el omnipotente olor a pino del alcanfor.

Al final de una de las mesas de trabajo, al lado de una piedra de afilar plana, envueltas en un pliego de cuero pulido de vaca y cordel, están las herramientas del taxidermista. Porque el artesano sin talento se rodea de un gran despliegue de artículos innecesarios, cuya ayuda invoca infructuosamente, pero el artesano con talento elige los que él llama «los pocos y selectos», que para Downing son: 1) un cuchillo de desuello, clásico e indispensable, con el bisel de la hoja alargado y la curva angosta, y con el mango hecho de un luminoso *lignum vitae*; 2) una variante más ancha del clásico e indispensable cuchillo de desuello, con la curva más grande, destinado a trabajos más duros, y 3) un cuchillo serrado para el trabajo más tosco, con la hoja perforada y el mango de madera firme-

---

mente unido al reposadero del recazo con una virola de metal pulido.

De unos clavos viejos de la pared cuelgan dos escalpelos de disección suministrados por un fabricante de instrumentos quirúrgicos de Londres, dos pares de tijeras (unas para hacer incisiones, otras para podar), un par de voluminosos alicates y una bolsa de tela grande que contiene el punzón, la esbelta pala para extraer el cerebro, unas tenacillas de cortar habituales sobre todo en relojería, una vara de relleno recta (Downing usa una vieja cuchara de remover de tabernero) y, por último, unos fórceps delicados de forma acampanada, para cuando el trabajo exija una prudencia extraordinaria. Y son los fórceps los que Titus Downing empuña ahora, encorvado sobre el pellejo del gran tigre de Bengala.

Era realmente un tigre de Bengala grandioso, con el pellejo del color del fuego, y Downing lleva la mayor parte de las últimas cuarenta y ocho horas con la espalda doblada y perdido en un estado onírico, casi espiritual, sintiendo que las hierbas altas le azotan la gigantesca y húmeda nariz, sus enormes zarpas posándose en la tundra, el sabor primitivo de la sangre en la boca, y ya casi es *dueño* del ritmo natural de la bestia, de todas sus pausas para respirar y, por encima de todo, de su hambre incesante e inquebrantable, que es lo que motiva su también inquebrantable animosidad, cuando alguien llama a la puerta...

---

—¡Córcholis! —grita el taxidermista, con las gafas caídas hasta la punta de la nariz.

Se agarra lo que le queda de pelo en la cabeza y va dando zancadas hasta la puerta del taller, que se abre con un tintineo de campanillas.

—¿Qué *pasa*? —pregunta en tono imperioso.

Y lo que pasa es un chico de los recados, poco más que piel y huesos y desprovisto de capacidad mental para la taxidermia. Y al recadero en cuestión, aterrado con el señor Downing y su extraño taller atiborrado de bestias disecadas, le cuesta lo suyo sostener el enorme paquete envuelto en papel marrón que lleva en brazos como si fuera un cadáver.

—Firme el recibo, señor —dice, y Downing, ojeando el paquete que lleva la inscripción «*Karoo, Orycteropus afer*: “cerdo hormiguero”» de puño y letra de su buen amigo sir Richard Ostlet, líder de la zoología británica, lo firma.

Y cierra la puerta.

Downing mete el paquete en el taller, lo sostiene en alto bajo la luz como si fuera una ofrenda y por fin regresa a su trastienda para dejarlo con suavidad sobre la mesa de trabajo desocupada. Desenvuelve el paquete y despliega una máscara mortuoria. Aquí, dos orejas de conejo. Un hocico de goma. La boca baja tiene forma de galleta. Aquí, un pellejo grueso y ancho de color rosa amarillento con cuatro pezuñas-zarpas marrones y peludas. Aquí, un esqueleto desmontado de costillas y patas

---

blanqueadas, dos gruesas escápulas, un cráneo largo y puntiagudo y, al fondo del todo, un montón de notas y bocetos en carboncillo de una criatura nunca vista por nadie de Warwickshire.

Nadie sabe que le chupas la polla a Greg Tampico. Y ciertamente nadie sabe que Greg Tampico te la chupa a ti, ni que de vez en cuando os quedáis en la cama el uno al lado del otro y os acariciáis (o no os acariciáis) las pollas.

Sabes que no eres gay, y que tampoco lo es Greg Tampico; simplemente sois dos tíos heteros a los que de vez en cuando les atraen otros tíos heteros a los que les gusta chupar o acariciar pollas, y nadie sabe tampoco que hace ocho meses que conociste a Greg Tampico en una cena benéfica para unos niños de Namibia víctimas de una horrible enfermedad desfiguradora de la que tuviste que olvidarte a toda prisa, ni tampoco que hace un año Greg Tampico se puso en contacto contigo para que fueras a apoyar su causa en la cena porque por entonces disfrutabas de un índice de popularidad del 64 % y tenías una prensa, en fin, ¡*buenísima!*

Nadie vio cómo os contemplabais con admiración de lado a lado de aquel salón de baile, de lado a lado de las mesas engalanadas con porcelana fina inglesa, de lado a lado de las lámparas de araña resplandecientes y de las velas, mientras se servía

---

picada de pollo tibia y una especie de langostinos, y nadie se podría haber dado cuenta tampoco de lo deprisa que viste que la joven preciosa que tenías sentada al lado era una cretina integral, ni de que moviste tu silla un palmo o dos hacia atrás para tener en tu campo visual durante toda la cena el esmoquin y el pelo rubio intenso de Greg Tampico, ni de que al acabar la cena Greg Tampico y tú terminasteis en un callejón de detrás de las cocinas (llovía), con las espaldas apoyadas en los ladrillos fríos, mientras él abría un Zippo, ni de que os acurrucasteis debajo del saliente del tejado y comparvisteis un cigarrillo antes de hacer planes para ir a su casa de Alexandria —«Alexander en Alexandria», te dijo con una sonrisa—, ni de que fuiste en coche a su casa de King Street, aparcaste y llegaste a su dúplex, donde Greg Tampico estaba esperando para darte la bienvenida, con la pajarita aflojada, en el vestíbulo, antes de hacerte entrar, llevarte al piso de arriba, meterte en el dormitorio y, riendo como un niño en pleno juego, preguntarte: «¿Quién va a hacerte de abogado, hijo?», mientras te echaba mano a la hebilla del cinturón.

Usando el cuchillo de mondar oxidado del representante Olioque para serrar los costados de la caja de cartón, que, cuando queda aplanada, crea una cruz gigante sobre el suelo de tu sala de estar, te preguntas por qué *demonios* te iba a enviar Greg Tampico su tremendo cerdo hormiguero taxidermizado, la misma criatura disecada que suele estar

---

encima de la cajonera francesa de imitación de estilo Luis XIV que tiene justo delante de su cama, mirándote mientras manipulas la polla de Greg Tampico o bien Greg Tampico manipula la tuya.

El cerdo hormiguero, que tú sepas, es la única criatura taxidermizada que posee Greg Tampico, aunque en su dúplex también tiene a la vista un surtido de máscaras africanas y unos colmillos de jabalí verrugoso.

Una colección de cráneos de impala.

Greg Tampico ha estado muchas veces en África meridional por su fundación, y no te preocupa el hecho de no poder acordarte de si *te ha contado* alguna vez a qué parte de Namibia suele ir. En realidad, cuando estás desnudo encima de la colcha de piel de cebra auténtica de su cama, su fundación no suele ser algo de lo que te acuerdes ni *remotamente*, y lo cierto es que tampoco es algo en lo que pienses ahora mientras ladeas al cerdo hormiguero y descubres el sobre que hay debajo.

Es un sobre en blanco de color vainilla, y cuando lo abres, dentro te encuentras un papel que dice con letras estampadas en dorado: DE LA OFICINA DE GREGORY TAMPICO, PRESIDENTE, FUNDACIÓN FELICIDAD, y *nada más*. Debajo del membrete, donde debería haber un mensaje personal, no hay ninguno.

Estás desconcertado. Todo el envío —el cerdo hormiguero y la nota en blanco— resulta desconcertante *como poco*, y coges el teléfono para llamar

---

a Greg Tampico y te acuerdas de que nada funciona, pero de pronto ahora todo vuelve a funcionar. En los últimos cinco minutos has acumulado 147 mensajes de texto y 48 e-mails, pero eso es normal. Son todos de tus empleados. No hay ninguno de Tampico.

Buscas en tu móvil. Encuentras su nombre.

«¿Cerdo hormiguero?», tecleas, y se lo mandas.

Titus Downing, deliberadamente soltero, deliberadamente sin hijos, aficionado no sólo a la taxidermia, sino también a la sopa de rabo de buey exquisita y muy poco espesa, contempla la espalda jorobada y el cuello liso, las gruesas zarpas y esas orejas y ese hocico tan extrañamente alargados que parece que alguien los haya estirado, y se estremece.

Comparado con el tigre de Bengala, este tal «cerdo hormiguero» es una criatura verdaderamente vulgar, piensa; feo, incluso para los estándares de la naturaleza, como si un cerdo se hubiera follado a un burro, y enseguida le ha recordado a Downing una anécdota famosa entre taxidermistas, la del capitán John Hunter, que en 1798 mandó la primera piel y el boceto de un ornitorrinco a una serie de naturalistas de Inglaterra, que a su vez dieron por sentado que era una broma. Supusieron que alguien le había cosido un pico de pato a una piel de castor, y llegaron a escribir que «viendo a la

---

criatura, es imposible no albergar dudas» y que «todos suponemos que debe de haberse practicado alguna clase de engaño», razón por la cual Downing, preguntándose ahora si su íntimo amigo Richard Ostlet quizá le habrá mandado una broma, examina el pellejo en busca de costuras artificiales y descubre que no hay ninguna.

Downing regresa a su mesa de trabajo. Cierra los ojos y trata de concentrarse otra vez en la vida del tigre de Bengala, pero es imposible, el momento del tigre ya ha pasado, seguramente tardará *días* en volver a encontrarlo, y su mente sigue regresando involuntariamente al cerdo hormiguero, hasta que por fin se rinde y se acerca a él, dándose cuenta con emoción creciente de que Ostlet no le ha mandado una broma, sino un *desafío*: ¿cómo recrear el *jiva* de un animal tan feo, de una criatura de la que ningún hombre civilizado sabe nada?

Ahora las notas y bocetos que le ha mandado Ostlet le parecen a Downing casi deliberadamente parcos:

Nocturno. Duerme en túneles. Depredador entomológico social. Tiene dientes en las mejillas. Hunde el hocico en el suelo para oler profundamente. Escarba con las patas delanteras. Expulsa la tierra con las traseras. Su ladrido es agudo, como el de un perro ansioso.

---

Sale de escena el tigre y entra el cerdo hormiguero. Downing le pasa los dedos huesudos por el pelaje. La piel es de un rosa que se vuelve amarillento, el pelo es una mezcla inexplicable de alambre y seda, marrón en las patas, que son plantígradas —las de delante— y digitígradas —las de detrás—, y los cazadores de Ostlet siempre llevan a cabo un trabajo *excelente*, piensa mientras toca las garras traseras de la bestia, que ocupan la mitad de las patas. A continuación palpa las gruesas pezuñas, cada uno de cuyos dígitos es ancho como una cuchara; y menuda fuerza tiene la *cola*, piensa Downing, cómo fluye *desde el trasero*, que es redondo como la parte de atrás de una tortuga, y cierra los ojos para imaginarse al cerdo hormiguero usando el músculo de la cola para darse equilibrio en sus túneles, para evitar que su cuerpo ancho choque con las paredes estrechas, y ahora Downing se imagina claramente al cerdo hormiguero dando pesados pasos con sus patas enormes entre los montículos de los hormigueros de termitas —que parecen castillos de arena construidos por niños ambiciosos e imbéciles—, y a continuación ve los hombros voluminosos centelleando bajo la piel, el gordo balanceo de la panza, y por fin Downing entiende el peso y la *pesanteur* de la criatura, su ánimo errático, y cuando la bestia corre, lo hace sorprendentemente de puntillas, de manera que casi va *pavoneándose*, irguiendo la cabeza cónica con esas orejas de burro que se empinan de golpe

---

cuando captan el más pequeño susurro de actividad insectil subterránea, y Downing casi puede sentir el crujido suave de la tierra suelta cuando la bestia hunde las cucharas en ella para empezar a cavar, y la tierra huele a azúcar, y Downing ya casi nota el sabor del néctar de las termitas en su lengua pegajosa, cuando finalmente llegan la mañana y el ladrido, el suave chillido porcino: «¡No me despiertes de día!».

Llega la fatiga, los huesos doloridos después de una noche entera de pasear sobre esas ancas grotescas, y cuando la bestia se duerme, encoge el cuerpo gordezuelo en posición fetal, y Downing siente el ligero ronroneo de los labios babosos de la bestia dormida, los orificios nasales abriéndose y cerrándose, y presencia el deslizarse serpentino de la lengua al entrar y salir de la boca diminuta mientras la criatura sueña con su propia hambre, y es ahora cuando Downing puede ver los sueños del feo, vulgar y agotado cerdo hormiguero y empieza a entender que, a pesar de su morfología atroz, *es posible la belleza*.

Greg Tampico no te devuelve el mensaje de texto. Greg Tampico siempre devuelve los mensajes de texto. Y te sube un escalofrío por el cuello mientras el cerdo hormiguero disecado, ahora plantado bajo una lámpara de pie, te mira caminar por tu sala de estar. Tal como está montado, con la zarpa

---

delantera derecha un poco levantada, la cabeza de largo hocico ligeramente ladeada y las orejas alertas y arqueadas, el cerdo hormiguero parece caminar hacia algún sitio importante, como si lo hubieras interrumpido en mitad de *su trabajo*, y lo que menos te apetece ahora mismo es sentir que estás, en fin, *molestando a alguien en tu propia casa*, pero la expresión de la criatura, aunque nunca pensaste mucho en ella cuando estabas en el dúplex de Greg Tampico, aquí, en tu sala de estar, con el mobiliario meticulosamente seleccionado para que parezca una casa unifamiliar que le habría gustado a Ronald Reagan, ahora se ve, seamos sinceros, *increíblemente extraña*, y sabes que en cuanto se reanuden las sesiones del Congreso y los representantes Rutledge y Olioike vuelvan a la casa, vas a tener que aguantar que te hagan preguntas sobre el cerdo hormiguero, y francamente...

No tienes ni idea de qué demonios les vas a decir.

Vas al piso de arriba. Quieres ducharte. Tu ducha es una Kohler WaterTile vibrante de bronce bruñido con Lluvia Superior y Lluvia Ambiental que te costó 4.125 dólares, o sea, que te gusta ducharte.

El agua está fría. Es agradable. Fuera hace mucho calor.

Debe de ser el calor lo que te está agobiando tanto, piensas, y como Greg Tampico no te está devolviendo los mensajes, decides, mientras te

---

secas con tu toalla de cuerpo entero con tejido de rizo Hermès Sarcoline de 339 dólares, que la solución más fácil es llevarte el cerdo hormiguero hasta Alexandria con el coche y simplemente devolvérselo.

Dios *bendito*, piensas, menudo *coñazo*, mientras te vistes de la cabeza a los pies con ropa informal de verano de J. Crew.

Cuando vuelves a la sala de estar, el cerdo hormiguero te mira como si fueras un tipo ridículo.

—Oh, no, *ni hablar* —dices.

Le acabas de hablar en voz alta a un cerdo hormiguero disecado. Te sientes un tipo ridículo.

Entras en la cocina y te comes unas cuantas uvas.

Mientras estás en la cocina, revestida de azulejos horizontales blancos del suelo al techo y equipada con utensilios de Williams-Sonoma por valor de 6.000 dólares que no usas nunca, tienes una epifanía y abres un armario. Extraes un saco de harina. Es un saco de harina blanco y limpio con el borde desgastado para que parezca de época; tu decoradora compró un montón de puñeteros sacos de harina vacíos, no tienes ni idea de por qué, pero están todos doblados como si fueran camisetas nuevas en un armario de tu cocina, de manera que ahora coges uno y vuelves a la sala de estar.

Aunque te sientes idiota haciéndolo, le tapas la cara al cerdo hormiguero con un trapo de cocina de diseño que parece un saco de harina.